

□ Tiempo de lectura: 5 min.

*La primera Misa de Navidad celebrada por Don Bosco en Valdocco fue en 1846. Después de obtener el permiso para celebrarla en la pobre capilla de Pinardi, comenzó a preparar las almas de sus muchachos enseñándoles a hacer la Sagrada Comunión, las visitas al Santísimo Sacramento y a aprender algunos cantos devotos. Don Lemoyne cuenta.*

“La fiesta de la Inmaculada Concepción era una preparación para la de la Santa Navidad. Grande era la fe de Don Bosco por todos los misterios de Nuestra Santa Religión. Por eso, para expresar su devoción a la Encarnación del Verbo Divino con un impulso más fuerte del corazón, y para excitarla y promoverla más en los demás, pidió a la Santa Sede la facultad de administrar la Sagrada Comunión en la medianoche de la Nochebuena, en la capilla del Oratorio a la hora de la solemne Misa cantada. Pío IX se la concedió por tres años. Después de anunciar la feliz noticia a los jóvenes, preparó e hizo aprender a sus cantores una pequeña misa y algunos cantos devotos que había compuesto en honor del Niño Jesús, y mientras tanto decoró lo mejor que pudo su pequeña iglesia. Además de los jóvenes, se invitó a otros fieles y comenzó la novena. El Arzobispo le había permitido impartir la bendición con el Venerable siempre que lo deseara; pero sólo en esas ocasiones podía guardar la Sagrada Eucaristía en el sagrario.

Grande fue la concurrencia, habiendo infundido en el alma de sus pequeños amigos sentimientos de gran ternura hacia el Divino Niño. Como era el único sacerdote, confesaba al atardecer de los nueve días a muchos que deseaban hacer la Sagrada Comunión al día siguiente. Por la mañana bajaba a tiempo a la iglesia para dar este consuelo a los artesanos que tenían que ir a trabajar. Celebrada la Santa Misa, distribuía la Santísima Eucaristía, predicaba a continuación y, tras el canto de las profecías realizado por algunos catequistas a los que había instruido, impartía la bendición con el Santísimo Sacramento.

La tarde de aquella noche memorable, después de haber confesado hasta las once, cantó una misa, administró la sagrada Comunión a varios centenares de personas, y luego, conmovido hasta las lágrimas, se le oyó exclamar – ¡Qué consuelo! ¡Me siento como en el paraíso! – Terminada la misa, distribuyó una pequeña cena a los jóvenes y los envió a sus casas a descansar.

Después de algunas horas de sueño, volvía a la iglesia, esperaba a la multitud que no había podido asistir a la solemnidad de la noche, confesaba, celebraba las otras dos misas, comulgaba y luego reanudaba todas sus múltiples ocupaciones festivas.

De este modo se celebró durante varios años la novena y la fiesta de la Santa Navidad, hasta que Don Bosco no tuvo más sacerdotes en la casa.

Pero estas primeras fiestas de Navidad tenían un carácter especial e inolvidable, porque marcaron la definitiva toma de posesión de la mencionada casa Pinardi, ya que todo estaba ahora en orden para el funcionamiento regular del Oratorio; y confirmaban las promesas de los futuros vastos edificios que contarían la bondad del Señor a las generaciones venideras. Don Bosco en este día mientras recitaba el oficio divino, con la mente llena de sus planes, con qué afecto debió exclamar: – Hemos recibido, oh Dios, tu misericordia en medio de tu templo. ¡Cuál es tu nombre, oh Dios, tal sea tu gloria hasta los confines de la tierra! ¡De justicia está llena tu diestra! (MB II, 582-585)».

Las Misas de la Santa Nochebuena fueron celebradas por Don Bosco desde ahora hasta los últimos años de su vida, con una alegría especial que resplandecía en su rostro.

Pero no era sólo esta alegría la que suscitaba en todos una viva devoción, sino también las exhortaciones que hacía a sus pequeños amigos para que se preparasen bien para la Navidad. Decía:

“Mañana comienza la novena de la Santa Navidad. Se cuenta que un día, un devoto del Niño Jesús, que atravesaba un bosque en tiempo de invierno, oyó los gemidos de un niño, y adentrándose en el bosque hacia el lugar desde donde oyó la voz, vio a un hermoso niño que lloraba. Movidó a compasión, dijo:

– Pobre niño, ¿cómo es que te encuentras aquí, tan abandonado en esta nieve?

Y el niño respondió

– ¡Ay! ¿Cómo no voy a llorar, cuando me ves tan abandonado por todos? ¿Sin que nadie tenga compasión de mí?

Dicho esto, desapareció. Entonces comprendió aquel buen viajero que era el mismo niño Jesús, que se quejaba de la ingratitud y frialdad de los hombres.

Os he contado este hecho, para que procuremos que Jesús no tenga que quejarse también de nosotros. Preparémonos, pues, para hacer bien esta novena. Por la mañana, a la hora de la Misa, se cantarán las Profecías, habrá unas palabras de sermón y luego la bendición. Dos cosas os recomiendo durante estos días, para pasar santamente la novena:

1. Acordaos a menudo del Niño Jesús, del amor que os trae y de las pruebas que os ha dado de su amor hasta morir por vosotros. Por la mañana, levantándoos inmediatamente al toque de la campana, sintiendo el frío, acordaos del Niño Jesús tiritando de frío sobre la paja. A lo largo del día, animaos a estudiar bien la lección,

a hacer bien el trabajo, a estar atentos en la escuela por amor a Jesús. No olvidéis que Jesús avanzaba en sabiduría, en edad y en gracia ante Dios y ante los hombres. Y sobre todo, por amor de Jesús, guardaos de caer en alguna falta que pueda disgustarle.

2. Id a menudo a verle. Envidiamos a los pastores que fueron a la cabaña de Belén, que lo vieron nada más nacer, que le besaron la mano y le ofrecieron sus regalos. ¡Qué suerte tienen los pastores! Pero no tenemos nada que envidiarles, porque su suerte es también la nuestra. El mismo Jesús, que fue visitado por los pastores en su cabaña, está aquí en el sagrario. La única diferencia es que los pastores lo veían con los ojos del cuerpo, nosotros lo vemos sólo por la fe, y no hay nada que podamos hacer para agradarle más que visitarlo a menudo. ¿Y cómo vamos a visitarlo? Principalmente, comulgando a menudo. En el Oratorio, especialmente en esta novena, ha habido siempre un gran compromiso, un gran fervor por la Comunión, y espero que vosotros hagáis lo mismo este año. Otro modo es ir a la iglesia algunas veces durante el día, aunque sólo sea un minuto, recitando aunque sólo sea un Gloria Patri. ¿Entendéis?

Dos cosas, pues, haremos para santificar esta novena. ¿Cuáles son? ¿Quién puede repetirlas?

Acordaos a menudo del Niño Jesús, acercarse a Él con la Santa Comunión y la visita a la iglesia (MB VI, 351-352)".

Las palabras de Don Bosco son válidas también hoy. Si dieron fruto en el pasado, también pueden darlo hoy, si las seguimos con fe viva.